

Solidaridad con el pueblo haitiano

Por Ramón Antonio Veras

La dictadura que predomina en Haití constituye una vergüenza para los hombres y mujeres que se preocupan por la libertad, la paz, la felicidad y el bienestar de toda la humanidad. En las postrimerías del siglo veinte el régimen haitiano no cuadra y la lucha contra él constituye un deber sin tomar en cuenta que la oposición se manifiesta dentro o fuera del vecino país.



Extender la mano solidaria al pueblo de Haití que sufre los rigores del despotismo tiene que estar en el ánimo de todos los dominicanos. El hecho de que los dominicanos libren una lucha desigual frente a sus enemigos internos, no quiere decir que se tenga que ignorar la realidad que viven los haitianos.

El contenido de la época impone a los hombres que se preocupan por la liberación de la humanidad, que en cualquier lugar del mundo donde los obreros, los campesinos y todos los explotados sean sojuzgados por el sistema y el latigo de sus opresores, que la voz de la solidaridad y la fraternidad se escuche. Luchar contra los monopolios a nivel mundial, contra el sistema social en decadencia a nivel interno, contra el colonialismo en todas sus manifestaciones, por la liberación nacional de su propio país y de otros que se encuentran en condiciones semejantes, tiene que ser el norte de todos los que están de acuerdo en que las grandes mayorías no pueden seguir viviendo bajo el signo de la violencia, el hambre, el analfabetismo, el obscurantismo, el atraso y la opresión social.

El pueblo haitiano tiene que sentir de una manera real y efectiva la solidaridad de todos los otros pueblos. La dictadura fascista que desde hace más de quince años mantiene al vecino país viviendo bajo el terror, la miseria más espantosa y aplicando el crimen como forma de gobierno, tiene que ser denunciada como tal, para que los hombres que ven con los ojos del futuro comprendan que allí, en la tierra de Daniel Sansari, también se necesita la solidaridad.

La lucha de los pueblos no se puede ver en forma individual y aislada. Los pueblos de América no tienen un enemigo en particular, sino enemigos comunes: los intereses monopolistas que saquean las riquezas, burlian la soberanía nacional y deforman la economía; las minorías nacionales que sirven de sostén a los intereses extranjeros y todos aquellos grupos que de una u otra forma sirven de trancía y palanca a los intereses retardatarios.

La situación que vive el pueblo haitiano debe llamar la atención no solamente de los sectores sociales que plantean los cambios y las transformaciones sociales a nivel de sistema, sino también de aquellos que mantienen una simple posición democrática. En Haití se respira un ambiente de terror; el pueblo no disfruta de la más mínima libertad y los signos de la dictadura se observan por todas partes.

Nadie puede llamarse a engaños con la situación de Haití. Allí no se respeta la ley, los derechos humanos y las libertades públicas. La vida de los ciudadanos está a merced del capricho de los Tontons Macoutes, de las Leopárdos y otros grupos terroristas que en dieciocho años han llenado de dolor, luto y

sangre al pueblo de Haití.

La dictadura de Duvalier hijo, fiel, continuador de la macabra obra de su padre, gobierna sin la menor apariencia democrática. La tortura, la persecución, el crimen nocturno, el encarcelamiento sin trámite judicial, la derriega y otras medidas típicamente fascistas demuestran lo que es la dictadura que des gobierna en Haití y la cual tiene en su haber más de treinta mil haitianos asesinados y medio millón de patriotas que han tenido que salir de su país perseguidos por la satrapía duvalierista.

La solidaridad de los dominicanos

consecuentes tiene que llegar hasta el pueblo haitiano. La indiferencia ante la dictadura no se compece con los corazones sensibles, y los hombres que se preocupan por el desarrollo de la lucha social deben dar un paso al frente y demostrar que real y positivamente los dominicanos somos hermanos de los haitianos y de todos los pueblos que, al igual que el dominicano, sufren las consecuencias negativas de un sistema social que en su agonía impone dictadura que como la de Duvalier hijo, llenan de vuerguenza a todas las naciones que aspiran vivir con respeto, decencia, decoro y dignidad.

1975